

110 | REIS

Revista Española de Investigaciones Sociológicas
Abril- Junio 2005

CIS ▶ Catálogo de publicaciones ▶ Reis 110
<http://www.cis.es/Page.aspx?OriginId=71>

Precio: 10 €IVA incluido

ARTÍCULOS

ÁLVARO ESPINA	Hacia una sociología evolucionista de la revolución	9
EDUARDO BERICAT ALASTUEY	La cultura del horror en las sociedades avanzadas: de la sociedad centripeta a la sociedad centrífuga	53
MIGUEL S. VALLES	El reto de la calidad en la investigación social cualitativa: de la retórica a los planteamientos de fondo y las propuestas técnicas	91

NOTAS DE INVESTIGACIÓN

CECILIA DÍAZ MÉNDEZ Y OTROS	Análisis crítico de las fuentes estadísticas de consumo alimentario en España. Una perspectiva sociológica	117
PILAR RODRÍGUEZ MARTÍNEZ	Identificaciones de sexo-género de mujeres migrantes marroquíes y británicas en Almería	137
NATALIA PAPÍ GÁLVEZ M ^a JOSÉ FRAU LLINARES	La conciliación del empleo y del hogar: respuesta y reflejo de una organización del trabajo construida desde la institución del género	149

TEXTOS CLÁSICOS

ÁLVARO ESPINA	Presentación. El darwinismo social: de Spencer a Bagehot	175
WALTER BAGEHOT	El progreso verificable. Una perspectiva política	189
ÁLVARO ESPINA	Presentación. El darwinismo social de William Graham Sumner revisitado: contra la plutocracia, la democracia y el imperialismo	201
WILLIAM GRAHAM SUMNER	La conquista de los Estados Unidos por España	213

CRÍTICA DE LIBROS

ZYGMUNT BAUMAN	Liquid Modernity, Cambridge (Reino Unido), Polity Press, 2000; Liquid Love: On the Fraity of Human Bonds, Cambridge (Reino Unido), Polity Press, 2003, por Jesús M. de Miguel Jara D. Sánchez	239
FRANCISCO HERREROS	The Problem of Forming Social Capital; Why Trust?, Nueva York Palgrave, 2004, por Luis Miller Moya	257
J.A. BERGUA AMORES	Patologías de la Modernidad, Oviedo, Ed. Novel, 2005, por Javier Gil Gimeno	262
H.-D. KÖHLER A MARTÍN ARTILES	Manual de la sociología del trabajo y de las relaciones laborales, Madrid, Delta, Publicaciones Universitarias, 2005, por Francesc Gibert Badia	268

COLABORAN EN ESTE NÚMERO:

273

El darwinismo social: de Spencer a Bagehot.

Alvaro Espina

El evolucionismo sociológico constituye uno de los principales paradigmas, esquemas o “modelos de inteligibilidad” utilizados por las ciencias sociales durante los últimos ciento cincuenta años con vistas a disponer de un “cuadro teórico formal” para interpretar el cambio social. Su primera y más rotunda formulación se debe a Herbert Spencer, quien le dio la forma de darwinismo social.

Para Richard Hofstadter (1944), el darwinismo social tiene todavía peor fama de la que merece porque el fascismo se lo apropió para legitimar su teoría de la “selección natural de las elites” (que no debe confundirse con la teoría de la circulación de las elites, de Vilfredo Pareto). Además, el nazismo –como antes hicieran algunos políticos racistas en Europa y América- lo empleó para legitimar su ideología sobre la superioridad de la raza aria y la nación alemana.

Para Von Mises, el nazismo no es más que una burda distorsión de la teoría de Darwin, que extrapola la idea de competencia física entre especies a la de guerra entre razas humanas y naciones. No es capaz de contemplar a la razón como el principal elemento diferenciador de la humanidad respecto a otras especies, ni a la cooperación y la división del trabajo como sus principales herramientas en la lucha por la supervivencia. Ya que la optimización del empleo de la razón y la cooperación no conducen a la guerra, sino a todo lo opuesto: a la intensificación de la comunalidad de intercambios a escala mundial.

Bajo la forma que le dio Spencer, el darwinismo social constituye una teoría estrictamente metafísica –una ideología-, que incurre en el más abierto realismo metodológico, al no resultar refutable, como observaría Karl Popper. Sin embargo, no por ello perdió eficacia práctica. Además, a la larga, el paradigma experimentaría una profunda evolución -casi una mutación- hasta su propuesta sociológica definitiva elaborada por el último Talcott Parsons, formulándola bajo la forma de un criterio evolucionista universal para las ciencias sociales, bajo el cual los principios de adaptación, diferenciación y especialización funcional terminarían incardinándose dentro de una teoría general en la que el hombre es el único sujeto de la acción social y el protagonista de la historia, lo que resulta incompatible, *per se*, con la existencia de una ley natural determinista.

De ahí que la larga serie de malentendidos sociobiológicos exijan hoy romper con la dicotomía entre evolución e historia, porque esta última forma parte del proceso evolutivo, lo que no implica ninguna clase de determinismo. Desde la perspectiva de la biología del desarrollo y del análisis de las ciencias de la complejidad, Susan Oyama (2000) establece:

“lo que se transmite literalmente de generación en generación ‘es un genoma y un segmento del mundo’. Ambas cosas constituyen un sistema en desarrollo, en cuyo despliegue, a través del ciclo vital del organismo, la forma emerge y se sustenta. ...Esta proposición [implica] que los organismos humanos crecen en un mundo social y desempeñan un papel en la construcción de la historia”.

Sin embargo, el análisis de la contribución del darwinismo social a la evolución de la sociología exige reconstruir la aparición de sus principales ideas, tal como fueron formuladas en su día, para lo cual seguiremos a grandes líneas el trabajo clásico de Hofstadter.

Herbert Spencer (1820-1903)

En la doctrina de Spencer el principal criterio para orientar la decisión social es la eficiencia. Esto la diferencia netamente de la doctrina marxista, en la que el motor de la historia es la lucha de clases. En este caso, el motor es la lucha por la existencia y la supervivencia de los mejor dotados. Este motor opera a través de la competencia y la adaptación al medio, y el cambio social se produce mediante procesos incrementalistas de crecimiento orgánico. En el marxista, a través de saltos revolucionarios. La imagen intuitiva de este último son los movimientos geológicos, mientras que Spencer toma su imagen cognitiva de los procesos biológicos.

Toda la sociología de Spencer se funda en el progreso constante de la sociedad desde lo uniforme a lo multiforme, o, más bien, “desde una homogeneidad incoherente a una heterogeneidad coherente”. Esta idea la había extraído de la teoría de la preformación embrionaria, de Karl Ernst Ritter Von Baer, según la cual “el desarrollo de cualquier organismo consiste en un proceso de diferenciación estructural” (1827). Los primeros planteamientos de Spencer aparecieron en 1857, anticipándose a la publicación de la primera edición de *El origen de las Especies*, de Darwin, en 1859. Sin embargo, la solución de Darwin al enigma de la mutación de las especies -a las que el creacionismo venía representando como inmutables- alcanzó una popularidad inmediata y Spencer decidió utilizarla para dotar de “fundamento científico” a su teoría: de modo que sustituyó la idea de progreso -limitada al ámbito específicamente humano- por la de evolución.

Como señaló Parsons, las ideas seminales de evolución y de selección natural provenían del *principio de la población* de Malthus, según el cual las especies procrean un múltiplo de los individuos que pueden sobrevivir. Darwin le añadió la idea de que la selección natural puede influir lentamente sobre la evolución biológica. Si, además, se admitía el mecanismo de Lamarck (1809) de que las modificaciones se transmiten a la descendencia -error comúnmente admitido en la época-, el proceso evolutivo podía ser algo más rápido. En la interpretación que le dio Darwin, esto significaba “la generación encadenada de formas conectadas genealógicamente, cada una ligeramente distinta de las inmediatamente anteriores”.

Weisman (1892) demostraría enseguida que la herencia no transmite modificaciones, lo que sería ratificado por Mendel, pero la genética de este último proporcionó un nuevo mecanismo de aceleración del proceso adaptativo, derivado de la *reproducción sexual*. En lo que Darwin se mantuvo firme durante toda su vida -pese a la acumulación de apariencias en contra- fue en la defensa de que la evolución podía ser gradual y sin saltos. Esto es, “reemplazó la imagen de una cadena única por la de un árbol que se ramifica, pero la idea de cambio gradual permaneció”.

En realidad, fue Spencer quien infirió de la lectura de Malthus la idea de la *supervivencia del más apto*, lo que fortalecía enormemente el principio de selección natural. De ahí que Darwin y Alfred Russel Wallace -codescubridor de la selección natural- la adoptasen enseguida, admitiendo que los que sobreviven son precisamente los más idóneos para cada tipo de hábitat. Ahora bien, mientras la idea de la adaptación había servido inicialmente a Spencer para identificar evolución con progreso social, Darwin no pensaba que la diversificación de formas y la mayor complejidad derivada de la evolución implicasen avance alguno. Para él, lo único efectivamente observable era la adaptación a las condiciones particulares del medio a través de la diferenciación estructural, no un mecanismo general.

Sin embargo, para aprovechar el éxito de la obra de Darwin, a partir de 1860 Spencer empezó a presentar su teoría evolucionista como la aplicación a la sociedad de las “leyes evolucionistas generales.” Estas leyes habrían afectado primero al mundo inorgánico, desde el

microscópico al universo; más tarde afectaron al mundo orgánico y al superorgánico de los organismos vivientes en sociedades, a partir de sus individuos; finalmente afectaron a la mente humana, a partir de los elementos de conciencia. A todos estos mundos les serían de aplicación las “leyes” y principios que rigen las transformaciones de los organismos biológicos: a) la ley del crecimiento; b) las tendencias hacia la complejización estructural y hacia la diferenciación y especialización funcional; d) la correspondencia mutua e interdependencia entre estructuras y funciones, y, e) la *tendencia hacia la supervivencia* de las unidades individuales, aun en caso de desaparición del organismo social general.

En su generalización monista de la teoría de Darwin –en principio, simplemente adaptativa-, Spencer imputaba también a éste la idea de evolución –que, como la de adaptación, era propia-, aprovechando la ambivalencia derivada de la adopción de su terminología por Darwin y Wallace. Esta confusión habría de influir seriamente en la aparición de lo que hoy se denomina “biología evolutiva”, generalmente rechazada por los científicos sociales, por mucho que la denominada “biología evolutiva del desarrollo (Evo-Devo)” esté abriendo la vía para abandonar el contenido determinista del viejo debate filogénesis/ontogénesis y para pensar una relación abierta y dialéctica entre el genotipo y el fenotipo, perspectiva adoptada por las ciencias de la complejidad.¹

En cambio, Spencer formuló su “*ley de la supervivencia de las unidades individuales*” sin preocuparse por la inconsistencia de su analogía organicista evolutiva con la total autonomía del componente individual. Esta inconsistencia es precisamente lo que permitió a Spencer conciliar el biologismo básico de su teoría con la inclinación abiertamente individualista de la sociedad inglesa a mediados del siglo XIX, ya que de otro modo toda su doctrina habría sido rechazada. En cambio, la “ley” le permitió explicar que el conjunto de individuos que conforman la sociedad civil no constituyen un todo concreto –como sucede al identificar sociedad con Estado, o al hablar de las diferentes formas de comunidad, real o imaginaria-. Por el contrario, por contraposición a lo que sucede con los organismos biológicos, para Spencer los individuos son libres y cada uno de ellos obra según su propia conciencia e interés; esto es: los fines del todo social se subordinan a los de los individuos.

A Spencer no pareció importarle que su evolucionismo estrictamente biológico y su ley de supervivencia individual resultasen contradictorios. De lo que se trataba era de situarse en las antípodas del pensamiento de Hegel, según el cual la sociedad civil –sede de la iniciativa individual- es la fundadora, y es fundada a su vez, por el Estado nacional. Pero Hegel razonaba en términos de causalidad dialéctica, lo que le permitía contemplar múltiples formas de retroacción –y esto fue lo que convirtió al hegelianismo en la *lingua franca* de los teóricos continentales del siglo XIX-. Spencer no disponía de tal refinamiento. Lo que sabía es que con su salto en el vacío se situaba fuera del alcance de todo holismo sociológico –como el que propondría más adelante Durkheim en sus *Reglas del método sociológico*.

Su sistema resultaba inconsistente, pero su voluntad estaba firmemente determinada. En realidad, para hacer compatible su individualismo radical y su darwinismo social –o una forma más elaborada de evolucionismo-, Spencer tendría que haber pensado en términos de sistema, más que de organismo *strictu sensu*. Pero la construcción del concepto de sistema no llegaría a las ciencias sociales hasta Pareto, y su pleno desarrollo, integrado en un modelo evolucionista general, sólo quedaría completo en la obra de Talcott Parsons. La idea central y la “misión” de la sociología de Spencer consiste en la no intervención del Estado en el proceso “natural” de la evolución social. Y a ella se atuvo.

1 El estado de la cuestión de Evo-Devo puede estudiarse en Baguñá et alia (2003). El planteamiento de las ciencias de la complejidad en Gell-Mann (1990).

Esta evolución explica el tránsito gradual: a) desde sociedades simples a sociedades compuestas; b) de la sociedad militar -en la que la cooperación entre individuos es coactiva- a la sociedad industrial, en la que la cooperación es voluntaria y se produce de manera natural. No queda lugar en esta construcción para la diferenciación –dentro de la modalidad de cooperación voluntaria- entre las dos formas de solidaridad que habría de definir Durkheim: la solidaridad mecánica, primitiva, propia de sociedades simples, sin división del trabajo, y la solidaridad orgánica, propia de la sociedad industrial, “compuesta,” que implica identificación del individuo con el todo social, basado en la división del trabajo, sin la que la vida individual no podría progresar. Ni tampoco encaja con la distinción de Tönnies entre la *Gesellschaft*, cuyos lazos son estrictamente formales, económicos y legales, y la *Gemeinschaft*, en la que aparecen lazos afectivos, culturales e identitarios.

La cooperación de Spencer descansa simplemente sobre el beneficio e interés mutuo y se plasma en el contrato. El prerequisite para ello es que el Estado garantice el cumplimiento de los contratos y el derecho de propiedad. A partir de esa definición tan sucinta del “individuo humano interesado” y de esa apelación minimalista al Estado, Spencer formula diez principios muy sencillos, inducidos de la observación del proceso de cambio histórico:

1. Gobierno mínimo, atomismo e individualismo metodológico:

“Las actividades sociales son el resultado colectivo de los deseos individuales. La organización comercial es hija de los esfuerzos de los individuos para realizar sus fines particulares. Los gobiernos han entorpecido y perturbado este desenvolvimiento. Su única aportación positiva es mantener el orden público.”

2. La intervención del Estado en el proceso de distribución es un acto de confiscación.

Se basa en “la presunción tácita de que nadie tiene derecho a su propiedad -ni aun a la ganada con el sudor de su frente- sin permiso de la comunidad; y que esta comunidad puede restringir ese derecho en la medida que lo estime conveniente. Esta usurpación se justifica por el postulado de que la sociedad, considerada como un todo, tiene absoluto derecho sobre la propiedad de cada individuo”.

3. Futilidad e insostenibilidad de todo intervencionismo; inevitabilidad de las leyes naturales.

“Dichos errores legislativos, ..., tienen su raíz en la creencia de que la sociedad es un producto fabricado, mientras que, en rigor, es un producto de la evolución Se cree generalmente que la humanidad es una especie de masa a la que el cocinero puede imprimir la forma que más le agrade... ; muchas medidas legislativas implican la presunción de que las sociedades a las que se les impone esta o aquella organización, la conservarán en el futuro”.

4. Credo monista en los principios de la lucha por la supervivencia y de la selección natural de las especies.

Esa es la pauta unitaria capaz de interpretar toda la experiencia de la historia de la humanidad: “Para que cualquier especie superior subsista y no degenera es necesario que conforme su conducta a dos principios radicalmente opuestos (**protección para la infancia; equidad para la edad adulta**):

- a. “Sus miembros deben ser tratados de modo distinto en su infancia y en su edad adulta..... durante la infancia, los beneficios recibidos deben estar en razón inversa a la fuerza o destreza del que los recibe... , [porque, de otro modo] la especie desaparecería en el espacio de una sola generación”.

- b. “Durante todo el resto de su vida el individuo recibe beneficios proporcionales a su mérito, recompensas equivalentes a sus servicios; por mérito y servicios entendemos... la capacidad de satisfacer las propias necesidades, de procurarse alimento, de asegurarse un abrigo, de escapar a los enemigos. En competencia con los individuos de su propia especie y en lucha con los de otras especies el individuo degenera y sucumbe, o prospera y se multiplica, según sus dotes.”
- c. “Un régimen contrario, si pudiera mantenerse, sería con el tiempo funesto para la especie. Si los beneficios recibidos por cada individuo fuesen proporcionales a su inferioridad,..... se favorecería la propagación de los individuos inferiores y se entorpecería la de los mejor dotados: la especie degeneraría progresivamente y bien pronto desaparecería ante las especies que compiten y luchan contra ella”.

5. Dos regímenes antagónicos: la familia, o la protección; el Estado o la eficiencia.

La traslación del credo monista a la especie humana es el único modo de garantizar la supervivencia de la sociedad, confiriendo atribuciones por completo antagónicas a la familia y al Estado, especializándose la primera en la función de protección y descargando de ella íntegramente a este último:

“Esta verdad es igualmente aplicable a la especie humana. Las sociedades humanas están en lucha o competencia unas con otras; deben ser consideradas como verdaderas especies, o... variedades.... La intrusión, aunque sea parcial, del régimen de la familia en el régimen del Estado producirá resultados funestos. La sociedad, no puede intervenir en la acción de los dos principios opuestos, bajo cuya influencia han adquirido todas las especies la aptitud para el modo de vida que poseen, y a los cuales deben el conservar esta aptitud”.

6. Contra el Welfare State.

En su obra *El Hombre contra el Estado* (1884) –de donde se extraen todas estas citas-, Spencer hace un balance, de los efectos de la Ley de pobres de 1834, con la que los *whigs* benthamitas habían iniciado la edificación de estructuras estatales de *welfare*, al margen de los poderes locales. En el cuarto de siglo transcurrido entre 1860 y 1884 se habría registrado un desproporcionado avance del intervencionismo estatal, con la consiguiente merma de las libertades individuales. El problema se encuentra en la *vis expansiva* de toda política de protección, que, “lejos de disminuir o permanecer constante, aumenta sin cesar”:

- a. “En la época de la guerra se necesitaba ‘carne de cañón’ y favorecer el desarrollo de la población; Mr. Pitt decía: ‘los socorros concedidos a los padres de muchos hijos son un derecho, no un objeto de oprobio y desprecio’”.
- b. “Las contribuciones para los pobres se cuadruplicaron en cincuenta años; las madres solteras fueron preferidas para contraer matrimonio, en busca del socorro de la caja de pobres; muchos contribuyentes pasaron al pauperismo.”
- c. “En 1833 los legisladores votaron 20.000 libras al año para subvencionar a las escuelas. Medio siglo más tarde la cifra se elevaba a 6 millones de libras”.

7. Ley de reproducción de las estructuras creadas.

Una vez se ha introducido el principio de cooperación obligatoria -opuesto por definición a la sociedad industrial-, su propagación resulta casi inevitable.

- a. “La ley de pobres ha favorecido el desenvolvimiento del hábito de la imprevisión y multiplicado el número de imprevisores, hasta el punto de que hoy, como remedio a los males causados por la caridad obligatoria, ya se invoca la necesidad del seguro obligatorio.”
- b. En lo que se refiere a la difusión de la educación, las consecuencias pueden resultar igualmente nefastas,..... debido a su impacto sobre las aspiraciones populares y la acción política. “La educación del pueblo propaga la lectura de escritos que alimentan ilusiones agradables, más que la de aquellos que se inspiran en la dura realidad”.
- c. “La mejora de la educación despierta el deseo de la cultura, la cultura despierta el deseo de muchas cosas que se hallan fuera del alcance de los trabajadores..... De aquí, el descontento con que miran el presente estado de cosas; y cuanto más avanza la educación, mayor es el descontento”.

8. Contra el Estado de bienestar y el socialismo de Estado bismarckiano.

La propuesta de organizar seguros obligatorios es incompatible con la sociedad industrial “porque obliga a los individuos a ahorrar durante su juventud, con el fin de no quedar sin recursos al incapacitarse para el trabajo”. Las iniciativas del Príncipe Bismarck -que no tardarían en difundirse por toda Europa- implicaban avanzar hacia el socialismo de Estado, pues toda forma de cooperación coactiva exige regulación y sumisión de los individuos a los agentes reguladores. A cambio de mayor bienestar material (la libertad positiva de Isaiah Berlin), el individuo debe renunciar a la libertad (negativa). Llevado al extremo, éste sería el camino hacia la servidumbre (como diría más tarde Karl Popper):

- a. “Poco importa que su señor sea un individuo o una comunidad; si se obliga al individuo a trabajar para la sociedad y recibe del fondo común lo que ésta señala, será esclavo de la sociedad. La organización socialista exige este tipo de esclavitud. A ella conducen muchas de las medidas que se han adoptado.”
- b. “Lo que se ha hecho, lo que se hace y lo que va a hacerse nos aproxima al ideal socialista, según el cual la comunidad es la única propietaria de las viviendas.”
- c. “E igual sucederá con la explotación del suelo..... Como resultado de este proceso quedarán sin cultivo las tierras de calidad inferior; y entonces habrá que votar una ley de cultivos obligatorios”.
- d. “El Estado ya es propietario de los ferrocarriles en gran parte del continente..... Disponiendo del monopolio del servicio postal y telegráfico y a punto de tener el de vapores-correo, el Estado transportará pasajeros, mercancías y minerales, y desempeñará otros muchos oficios. Hoy ya, además de construir cuarteles, arsenales, diques, puertos, rompeolas, etc., fabrica buques, fusiles, cañones, municiones de guerra, prendas de vestir, calzado para el ejército. Cuando se apropie de los ferrocarriles se convertirá en constructor de locomotoras y vagones, en fabricante de hulla, canteras, ómnibus, etc.
- e. “Sus lugartenientes, los ayuntamientos –ya propietarios del agua, el gas, los coches y tranvías, los baños, etc.-, se harán cargo de nuevos servicios. Y cuando el Estado se halle a la cabeza de los establecimientos para la producción y distribución al por mayor, extenderá sus funciones a la venta al detalle, siguiendo el ejemplo de Francia, que ya vende tabaco al por menor”.

9. No importa el procedimiento de adopción, sino el contenido de las políticas.

El signo de la política liberal –según Spencer- consistía en ampliar el ámbito de lo que Isaiah Berlin denominaría después libertad negativa. En su opinión, el estatalismo lleva inexorablemente a la disyuntiva libertad *versus* democracia y a la inversión de la opción por defecto: de la opción en que todo lo que no está expresamente prohibido está permitido, a la de que todo lo no expresamente permitido está prohibido:

- a. “Si los hombres usan de su libertad de modo que ésta desaparezca, ¿serán por ello menos esclavos en lo sucesivo? Si un pueblo elige por plebiscito a un déspota, ¿permanecerá libre porque el despotismo sea obra suya? Las medidas coercitivas que este déspota dicte, ¿serán consideradas por el pueblo como legítimas porque sean consecuencia natural de su voto?”.
- b. “Al igual que el verdadero liberalismo luchó en los siglos pasados contra los reyes que pretendían el poder absoluto, los liberales verdaderos lucharán en nuestros días contra el Parlamento que quiere arrogarse semejante autoridad. Los liberales se distinguen por la limitación de la autoridad parlamentaria”.
- c. “El partido conservador y el liberal tienen orígenes distintos: el primero, en el militarismo; el segundo, en el industrialismo. Uno defendió el régimen de *status*; el otro, el de contrato; aquél, la cooperación obligatoria y la desigualdad legal entre clases; éste, la cooperación voluntaria y su igualdad legal. De lo que se desprende que, al contribuir a extender el sistema coercitivo, los llamados liberales no han sido más que conservadores de una nueva especie.”
- d. “Insisto: la libertad de que disfruta el ciudadano debe medirse, no por el mecanismo gubernamental bajo el cual viva, sea o no representativo, sino por el número relativamente escaso de restricciones impuestas a los individuos.”

10. El pronóstico de Spencer se cumplió con creces en los cien años siguientes.

El intercambio sin límites precisos de libertad por bienestar condujo al despotismo. El paroxismo del proceso se alcanzó con el nazismo, pero la *vis expansiva* de la acción del Estado y la sobrecarga de tareas afectó a todo el continente europeo y se difundió también por las nuevas naciones que surgieron de la independencia de las colonias. En los países con economías de Estado, éste fue, por definición, titular de todos los recursos productivos. Que ello fuese en ocasiones resultado de decisiones democráticas resultaba todavía más preocupante.

Las palabras de Spencer constituyen un vaticinio lúgubre de la manipulación de las instituciones de bienestar por parte de los fascismos del siglo XX: si ya consideraba grave la renuncia del trabajador a su derecho individual al trabajo al aceptar el derecho de huelga -por el que una asociación voluntaria podía decidir mayoritariamente contra su parecer-, “júzguese lo que sucederá cuando -en lugar de asociaciones con poder relativamente escaso, en las que uno puede ingresar o no ingresar a voluntad- haya una asociación nacional a la que será preciso pertenecer, so pena de abandonar el país.”

El propio Spencer vislumbró también lo que habría de ser la organización estatal comunista, que, como toda “organización administrativa vasta, complicada y provista de toda clase de recursos, al desarrollarse y consolidarse, se haría necesariamente irresistible. La consecuencia final sería la resurrección del despotismo. Un ejército disciplinado de funcionarios civiles confiere el poder supremo a su jefe, lo mismo que lo hace un ejército militar; hay excelentes motivos para creer que aquellos que se eleven a los primeros

puestos en la organización socialista no retrocederán ante ningún medio con tal de alcanzar sus fines”.

Esto es lo que observaría también Ludvig von Mises bajo el nazismo: en las universidades alemanas todas las disciplinas quedaron subordinadas a la construcción y expansión del Estado nacional. Las capas de burócratas e intelectuales egresados de ellas utilizarían el poder estatal para eliminar cualquier resistencia a la doctrina pangermanista, utilizando el error darwinista de la “descendencia con modificación” para legitimar su política racista – con el fin de ayudar a la selección natural, eliminando a las “variedades retrasadas”- y sometiendo al más férreo control a industriales y financieros: “En el Estado estatista los empresarios se encuentran a merced de la burocracia. Los funcionarios tienen el poder no sólo de silenciar a sus objetores, sino de forzarles a contribuir a financiar al partido nazi”.

Walter Bagehot (1826-1877)

Como continuador de la obra de Spencer, y al margen de su labor como economista, en su obra *Physics and Politics* (1872), Bagehot trasladó analógicamente el contenido de la segunda gran obra de Darwin –*La ascendencia del hombre* (*The Descent of Man*, 1871) – a la organización política, adoptando una perspectiva sociobiológica aparentemente determinista, aunque admitiendo la innovación. Sus ideas pueden sintetizarse en cinco grandes epígrafes:

- 1. La primera “función” de la política consiste en crear una “torta de costumbres,”** que es lo que permite a los hombres vivir juntos, otorgándoles un *status*, para evolucionar con el tiempo hacia un régimen de contrato.
- 2. La segunda consiste en moldear un carácter nacional,** que viene a ser una “variación” aleatoria, como las de las especies, desencadenada por un individuo prominente que actúa como líder.
- 3. El progreso no es algo natural, sino excepcional.** El concepto de progreso no existía en las culturas antiguas, sino que aparece por primera vez en algunas naciones europeas, acompañando al proceso de “selección natural de los Estados” por el que, a lo largo de la historia, los Estados más fuertes triunfan y los más débiles fracasan.
- 4. Esta fortaleza no es sólo militar, sino que deriva del avance de la civilización y depende de la innovación (de la “emergencia de variedades”).** Las sociedades antiguas tienen que optar entre el *Scila* de congelar el pasado -maximizando la rigidez de la torta de costumbres y las leyes tradicionales- y el *Caribdis* de reducir su efecto al mínimo imprescindible para mantener unida a la sociedad, eliminando las restricciones que impiden la aparición de variedades.
- 5. Las variedades son el resultado de la tendencia permanente de la naturaleza hacia el cambio** –hacia la diversificación de formas y la entropía, diríamos hoy, utilizando un símil termodinámico. La discusión libre es la forma que han encontrado las sociedades modernas para facilitar tal diversificación, conciliando orden y progreso.

Hofstadter pensaba que el concepto de evolución de Bagehot era *a priori* más adecuado para explicar la realidad americana del último cuarto del siglo XIX que el de Spencer -o el del mismo Graham Sumner, por mucho que este último se formulara desde EEUU, en diálogo con la sociología europea-. No había nada en la moral de pioneros, desarrollada al hilo de la expansión de la economía de frontera, que indujera a aceptar el determinismo spenceriano. A

lo sumo, la supervivencia de los más aptos podía interpretarse favorablemente, legitimar y dar cuenta de la situación del patriciado agrario bien establecido, titular de mayores explotaciones, pero no de las nuevas oleadas de recién llegados ni de las capas medias urbanas o de los pequeños granjeros, crecientemente agobiados por las deudas. Sin embargo, mientras la organización económica se basó en la concurrencia entre una multitud de pequeñas actividades, coordinadas simplemente a través del mercado, la selección natural y la lucha por la supervivencia se admitió sin vacilación como interpretación “científica” de la realidad, como imperativo moral y como estímulo para la acción, porque resultaba plenamente funcional desde el punto de vista económico y social. Todo ello experimentaría una rápida evolución a medida que se fueran introduciendo las grandes corporaciones, en las que la imagen de la selección natural se desplazaría rápidamente, para hacer hueco al papel de los innovadores y los capitanes de industria en la obra de William James y en el Pragmatismo. Algo de esto aparecía ya en Bagehot, aunque se limitase a aplicar su idea de innovación a la aparición de variedades institucionales y políticas, de acuerdo con la lógica del imperialismo victoriano en Inglaterra.

Bibliografía

- Baguñá, Jaime y Jordi Garcia-Fernández (2003), “Evo-Devo: the Long and Windig Road”, *International Journal of Developmental Biology*, Vol. 47, número 7/8, Especial sobre: *Evolution & Development*, disponible en: <http://www.ijdb.ehu.es/03078contents.htm>.
- Bagehot, Walter, *Physics and Politics* (1872), Batoche Books, Kitchener, Ontario, 2001, Edición electrónica en: <http://socserv2.socsci.mcmaster.ca/~econ/ugcm/3ll3/bagehot/physics.pdf>. El capítulo final y síntesis de esta obra, “Verifiable Progress Politically Considered” (páginas 115-125), se traduce a continuación.
- Gell-Mann, Murria (1990), “The Santa Fe Institute”, Santa Fe Institute Working Paper, nº 91-03-017, en: <http://www.santafe.edu/sfi/publications/Working-Papers/91-03-017.pdf>
- Hofstadter, Richard (1944), *Social Darwinism in American Thought*, edición revisada, Beacon Press, Boston, 1955 (vv. ee.).
- Mises, Ludwig Von (1944), *Omnipotent Government: The rise of the total state and total war*, Yale University Press. Digitalizada en: <http://www.mises.org/etexts/og.pdf>.
- Parsons, Talcott (1991), “Thomas Robert Malthus”, *The Early Essays*, Charles Camic (Ed.), cap. 11, The University of Chicago Press, Heritage of Sociology Series.
- Spencer, Herbert (1852), “A theory of population, deduced from the general law of animal fertility”, *The Westminster Review*, vol. 57, pp. 468-501, síntesis en: <http://www.fordham.edu/halsall/mod/spencer-darwin.html>
- Spencer, Herbert (1857), “Progress: Its Law and Causes”, *The Westminster Review*, Vol 67 (April), pp 445-485, síntesis en: <http://www.victorianweb.org/philosophy/spencer/dagg2.html>.)
- Spencer, Herbert (1884) *El Hombre contra el Estado*, Aguilar, Buenos Aires, 1969. Edición original inglesa digitalizada: <http://socserv2.socsci.mcmaster.ca/%7Eecon/ugcm/3ll3/spencer/manvsst>. *The Man versus the State*, que desarrolla ampliamente y actualiza el artículo “Parliamentary Reform: the Dangers and the Safeguards,” aparecido en *The Westminster Review* en 1860.
- Oyama, Susan (2000) *The ontogeny of information: Developmental systems and evolution*, 2nd edition. Series on Science and Cultural Theory. Durham, NC: Duke University Press.

Revista Española de Investigaciones Sociológicas (REIS), nº 110, abril-junio 2005, pp. 175-187.

VI.- Verifiable Progress Politically Considered.

In a former essay I attempted to show that slighter causes than is commonly thought may change a nation from the stationary to the progressive state of civilisation, and from the stationary to the degrading.

Commonly the effect of the agent is looked on in the wrong way. It is considered as operating on every individual in the nation, and it is assumed, or half assumed, that it is only the effect which the agent directly produces on everyone that need be considered. But besides this diffused effect of the first impact of the cause, there is a second effect, always considerable, and commonly more potent — a new *model* in character is created for the 'nation'; those characters which resemble it are encouraged, and multiplied; those contrasted with it are persecuted and made fewer. In a generation or two the look of the nation becomes quite different; the characteristic men who stand out are different, the men imitated are different; the result of the imitation is different. A lazy nation may be changed, into an industrious, a rich into a poor, a religious into a profane, as if by magic, if any single cause, though slight, or any combination of causes, however subtle, is strong enough to change the favourite and detested types of character.

This principle will, I think, help us in trying to solve the question why so few nations have progressed, though to us progress seems so natural — what is the cause or set of causes which have prevented that progress in the vast majority of cases, and produced it in the feeble minority. But there is a preliminary difficulty: What is progress, and what is decline? Even in the animal world there is no applicable rule accepted by physiologists, which settles what animals are higher or lower than others; there are controversies about it. Still more then in the more complex combinations and politics of human beings it is likely to be hard to find an agreed criterion for saying which nation is before another, or what age of a nation was marching forward and which was falling back. Archbishop Manning would have one rule of progress and decline. Professor Huxley, in most important points, quite an opposite rule; what one would set down as an advance, the other would set down as a retreat. Each has a distinct end which he wishes and a distinct calamity which he fears, but the desire of the one is pretty near the fear of the other; books would not hold the controversy between them. Again, in art, who is to settle what is advance and what decline? Would Mr. Ruskin agree with anyone else on this subject, would he even agree with

himself, or could any common enquirer venture to say whether he was right or wrong?

I am afraid that I must, as Sir Wm. Hamilton used to say, 'truncate a problem which I cannot solve.' I must decline to sit in judgment on disputed points of art, morals, or religion. But without so doing I think there is such a thing as 'verifiable progress,' it we may say so; that is, progress which ninety-nine hundredths or more of mankind will admit to be such, against which there is no established or organised opposition creed, and the objectors to which, essentially varying in opinion themselves, and believing one one thing and another the reverse, may be safely and altogether rejected.

Let us consider in what a village of English colonists is superior to a tribe of Australian natives who roam about them, Indisputably in one, and that a mere sense, they are superior. They can beat the Australians in war when they like; they can take from them anything they like, and kill any of them they choose. As a rule, in all the outlying and uncontested districts of the world, the aboriginal native lies at the mercy of the intruding European. Nor is this all. Indisputably in the English village there are more means of happiness, a greater accumulation of the instruments of enjoyment, than in the Australian tribe. The English have all manner of books, utensils, and machines which the others do not use, value, or understand. And in addition, and beyond particular inventions, there is a general strength which is capable of being used in conquering a thousand difficulties, and is an abiding source of happiness, because those who possess it always feel that they can use it.

If we omit the higher but disputed topics of morals and religion, we shall find, I think, that the plainer and agreed-on superiorities of the Englishmen are these: first, that they have a greater command over the powers of nature upon the whole. Though they may fall short of individual Australians in certain feats of petty skill, though they may not throw the boomerang as well, or light a fire with earthsticks as well, yet on the whole twenty Englishmen with their implements and skill can change the material world immeasurably more than twenty Australians and their machines. Secondly, that this power is not external only; it is also internal. The English not only possess better machines for moving nature, but are themselves better machines. Mr. Babbage taught us years ago that one great use of machinery was not to augment the force of man, but to register and regulate the power of man; and this in a thousand ways civilised man can do, and is ready to do, better and more

precisely than the barbarian. Thirdly, civilised man not only has greater powers over nature, but knows better how to use them, and by better I here mean better for the health and comfort of his present body and mind. He can lay up for old age, which a savage having no durable means of sustenance cannot; he is ready to lay up because he can distinctly foresee the future, which the vague-minded savage cannot; he is mainly desirous of gentle, continuous pleasure, whereas the barbarian likes wild excitement, and longs for stupefying repletion. Much, if not all, of these three ways may be summed up in Mr. Spencer's phrase, that progress is an increase of adaptation of man to his environment, that is, of his internal powers and wishes to his external lot and life. Something of it too is expressed in the old pagan idea 'mens sana in corpore sano.' And I think this sort of progress may be fairly investigated quite separately, as it is progress in a sort of good everyone worth reckoning with admits and agrees in. No doubt there will remain people like the aged savage, who in his old age went back to his savage tribe and said that he had 'tried civilisation for forty years, and it was not worth the trouble.' But we need not take account of the mistaken ideas of unfit men and beaten races. On the whole the plainer sort of civilisation, the simpler moral training, and the more elementary education are plain benefits. And though there may be doubt as to the edges of the conception yet there certainly is a broad road of 'verifiable progress' which not only discoverers and admirers will like, but which all those who come upon it will use and value.

Unless some kind of abstraction like this is made in the subject the great problem 'What causes progress?' will, I am confident, long remain unsolved. Unless we are content to solve simple problems first, the whole history of philosophy teaches that we shall never solve hard problems. This is the maxim of scientific humility so often insisted on by the highest enquirers that, in investigations, as in life, those 'who exalt themselves shall be abased, and those who humble themselves shall be exalted;' and though we may seem mean only to look for the laws of plain comfort and simple present happiness, yet we must work out that simple case first, before we encounter the incredibly harder additional difficulties of the higher art, morals and religion.

The difficulty of solving the problem even thus limited is exceedingly great. The most palpable facts are exactly the contrary to what we should expect. Lord Macaulay tells us that 'In every experimental science there is a tendency towards perfection. In every human being there

is a tendency to ameliorate his condition;’ and these two principles operating everywhere and always, might well have been expected to ‘carry mankind rapidly forward.’ Indeed, taking verifiable progress in the sense which has just been given to it, we may say that nature gives a prize to every single step in it. Everyone that makes an invention that benefits himself or those around him, is likely to be more comfortable himself and to be more respected by those around him. To produce new things ‘serviceable to man’s life and conducive to man’s estate,’ is, we should say, likely to bring increased happiness to the producer. It often brings immense reward certainly now; a new form of good steel pen, a way of making some kind of clothes a little better or a little cheaper, have brought men great fortunes. And there is the same kind of prize for industrial improvement in the earliest times as in the latest; though the benefits so obtainable in early society are poor indeed in comparison with those of advanced society. Nature is like a schoolmaster, at least in this, she gives her finest prizes to her high and most instructed classes. Still, even in the earliest society, nature helps those who can help themselves, and helps them very much.

All this should have made the progress of mankind — progress at least in this limited sense — exceedingly common; but, in fact, any progress is extremely rare. As a rule (and as has been insisted on before) a stationary state is by far the most frequent condition of man, as far as history describes that condition; the progressive state is only a rare and an occasional exception.

Before history began there must have been in the nation which writes it much progress; else there could have been no history. It is a great advance in civilisation to be able to describe the common facts of life, and perhaps, if we were to examine it, we should find that it was at least an equal advance to wish to describe them. But very few races have made this step of progress; very few have been capable even of the meanest sort of history; and as for writing such a history as that of Thucydides, most nations could as soon have constructed a planet. When history begins to record, she finds most of the races incapable of history, arrested, unprogressive, and pretty much where they are now.

Why, then, have not the obvious and natural causes of progress (as we should call them) produced those obvious and natural effects? Why have the real fortunes of mankind been so different from the fortunes which we should expect? This is the problem which in various forms I have taken up in these papers, and this is the outline of the solution which I have attempted to propose.

The progress of *men*, requires the co-operation of *men* for its development. That which any one man or any one family could invent for themselves is obviously exceedingly limited. And even if this were not true, isolated progress could never be traced. The rudest sort of cooperative society, the lowest tribe and the feeblest government, is so much stronger than isolated man, that isolated man (if he ever existed in any shape which could be called man), might very easily have ceased to exist. The first principle of the subject is that man can only make progress in 'co-operative groups;' I might say tribes and nations, but I use the less common word because few people would at once see that tribes and nations are co-operative groups, and that it is their being so which makes their value; that unless you can make a strong co-operative bond, your society will be conquered and killed out by some other society which has such a bond; and the second principle is that the members of such a group should be similar enough to one another to co-operate easily and readily together. The cooperation in all such cases depends on a *felt union of heart and spirit; and this is only felt when there is a great degree of real likeness in mind and feeling, however that likeness may have been attained.*

This needful co-operation and this requisite likeness I believe to have been produced, by one of the strongest yokes (as we should think if it were to be reimposed now) and the most terrible tyrannies ever known among men — the authority of 'customary law.' In its earlier stage this is no pleasant power — no 'rose-water' authority, as Carlyle would have called it — but a stem, incessant, implacable rule. And the rule is often of most childish origin, beginning in a casual superstition or local accident. 'These people,' says Captain Palmer of the Fiji, 'are very conservative. A chief was one day going over a mountain-path followed by a long string of his people, when he happened to stumble and fall; all the rest of the people immediately did the same except one man, who was set upon by the rest to know whether he considered himself better than the chief.' What can be worse than a life regulated by that sort of obedience, and that sort of imitation? This is, of course, a bad specimen, but the nature of customary law as we everywhere find it in its earliest stages is that of coarse casual comprehensive usage, beginning, we cannot tell how, deciding, we cannot tell why, but ruling everyone in almost every action with an inflexible grasp.

The necessity of thus forming co-operative groups by fixed customs explains the necessity of isolation in early society. As a matter of fact all great nations have been prepared in privacy and in secret. They

have been composed far away from all distraction. Greece, Rome, Judaea, were framed each by itself, and the antipathy of each to men of different race and different speech is one of their most marked peculiarities, and quite their strongest common property. And the instinct of early ages is a right guide for the needs of early ages. Intercourse with foreigners then broke down in states the fixed rules which were forming their characters, so as to be a cause of weak fibre of mind, of desultory and unsettled action; the living spectacle of an admitted unbelief destroys the binding authority of religious custom and snaps the social cord. Thus we see the use of a sort of 'preliminary' age in societies, when trade is bad because it prevents the separation of nations, because it infuses distracting ideas among occupied communities, because it 'brings alien minds to alien shores.' And as the trade which we now think of as an incalculable good, is in that age a formidable evil and destructive calamity; so war and conquest, which we commonly and justly see to be nor evils, are in that age often singular benefits and great advantages. It is only by the competition of customs that bad customs can be eliminated and good customs multiplied. Conquest is the premium given by nature to those national characters which their national customs have made most fit to win in war, and in many most material respects those winning characters are really the best characters. The characters which do win in war are the characters which we should wish to win in war. Similarly, the best institutions have a natural military advantage over bad institutions. The first great victory of civilisation was the conquest of nations with ill-defined families having legal descent through the mother only by nations of definite families tracing descent through the father as well as the mother, or through the father only. Such compact families are a much better basis for military discipline than the illbound families which indeed seem hardly to be families at all, where 'paternity' is, for tribal purposes, an unrecognised idea, and where only the physical fact of 'maternity' is thought to be certain enough to be the foundation of law or custom. The nations with a thoroughly compacted family system have 'possessed the earth,' that is, they have taken all the finest districts in the most competed-for parts; and the nations with loose systems have been merely left to mountain ranges and lonely islands. The family system and that in its highest form has been so exclusively the system of civilisation, that literature hardly recognises any other,

and that, if it were not for the living testimony of a great multitude of scattered communities which are ‘fashioned after the structure of the elder world,’ we should hardly admit the possibility of something so contrary to all which we have lived amongst, and which we have been used to think of. After such an example of the fragmentary nature of the evidence it is in comparison easy to believe that hundreds of strange institutions may have passed away and have left behind them not only no memorial, but not even a trace or a vestige to help the imagination to figure what they were.

I cannot expand the subject, but in the same way the better religions have had a great physical advantage, if I may say so, over the worse. They have given what I may call a *confidence in the universe*. The savage subjected to a mean superstition, is afraid to walk simply about the world- — he cannot do *this* because it is ominous, or he must do *that* because it is lucky, or he cannot do anything at all till the gods have spoken and given him leave to begin. But under the higher religions there is no similar slavery and no similar terror.

The belief of the Greek

εἰς οἴωνος ἀρίστος ἀμύνεσθαι περι ράτρης

the belief of the Roman that he was to trust in the gods of Rome, for those gods are stronger than all others; the belief of Cromwell’s soldiery that they were ‘to trust in God and keep their powder dry,’ are great steps in upward progress, using progress in its narrowest sense. They all enabled those who believed them ‘to take the world as it comes,’ to be guided by no unreal reason, and to be limited by no mystic scruple; whenever they found anything to do, to do it with their might. And more directly what I may call the *fortifying* religions, that is to say, those which lay the plainest stress on the manly parts of morality — upon valour, on truth and industry — have had plainly the most obvious effect in strengthening the races which believed them, and in making those races the winning race!

No doubt many sorts of primitive improvement are pernicious to war; an exquisite sense of beauty, a love of meditation, a tendency to cultivate the force of the mind at the expense of the force of the body, for example, help in their respective degrees to make men less than warlike they would otherwise be. But these are the virtues of other ages. The first work of the first ages is to bind men together in the strong bond of

a rough, coarse, harsh custom; and the incessant conflict of nations effects this in the best way. Every nation is an 'hereditary co-operative group,' bound by a fixed custom; and out of those groups those conquer which have the most binding and most invigorating customs, and these are, as a rough rule, the best customs. The majority of the 'groups' which win and conquer are better than the majority of those which fail and perish, and thus the first world grew better and was improved. This early customary world no doubt continued for ages. The first history delineates great monarchies, each composed of a hundred customary groups, all of which believed themselves to be of enormous antiquity, and all of which must have existed for very many generations.

The first historical world is not a new-looking thing but a very ancient, and according to principle it is necessary that it should exist for ages. If human nature was to be gradually improved, each generation must be born better tamed, more calm, more capable of civilisation — in a word, more *legal* than the one before it, and such inherited improvements are always slow and dubious. Though a few gifted people may advance much, the mass of each generation can improve but very little on the generation which preceded it, and even the slight improvement so gained is liable to be destroyed by some mysterious atavism' — some strange recurrence to a primitive past. Long ages of dreary monotony are the first facts in the history of human communities, but those ages were not lost to mankind, for it was then that was formed the comparatively gentle and guidable thing which we now call human nature.

And indeed the greatest difficulty is not in preserving such a world but in ending it. We have brought in the yoke of custom to improve the world, and in the world the custom sticks. In a thousand cases — in the great majority of cases — the progress of mankind has been arrested in this its earliest shape; it has been closely embalmed in a mummy-like imitation of its primitive existence. I have endeavoured to show in what manner, and how slowly, and in how few cases this yoke of custom was removed. It was 'government by discussion' which broke the bond of ages and set free the originality of mankind. Then, and then only, the motives which Lord Macaulay counted on to secure the progress of mankind, in fact, begin to work; then 'the tendency in every man to ameliorate his condition' begins to be important, because then man can alter his condition while before he is pegged down by ancient usage; then the tendency in each mechanical art towards perfection begins to have force, because the artist is at last allowed to seek perfection, after

having been forced for ages to move in the straight furrow of the old fixed way. As soon as this great step upwards is once made, all, or almost all, the higher gifts and graces of humanity have a rapid and a definite effect on 'verifiable progress' — on progress in the narrowest, because in the most universally admitted sense of the term. Success in life, then, depends, as we have seen, more than anything else on 'animated moderation,' on a certain combination of energy of mind and balance of mind, hard to attain and harder to keep. And this subtle excellence is aided by all the finer graces of humanity. It is a matter of common observation that, though often separated, fine taste and fine judgment go very much together, and especially that a man with gross want of taste, though he may act sensibly and correctly for a while, is yet apt to break out, sooner or later, into gross practical error. In metaphysics, probably both taste and judgment involve what is termed 'poise of mind,' that is the power of true passiveness — the faculty of 'waiting' till the stream of impressions, whether those of life or those of art have done all that they have to do, and cut their full type plainly upon the mind. The ill-judging and the untasteful are both over-eager; both move too quick and blur the image. In this way the union between a subtle sense of beauty and a subtle discretion in conduct is a natural one, because it rests on the common possession of a fine power, though, in matter of fact, that union may be often disturbed. A complex sea of forces and passions troubles men in life and action, which in the calmer region of art are hardly to be felt at all. And, therefore, the cultivation of a fine taste tends to promote the function of a fine judgment, which is a main help in the complex world of civilised existence. Just so too the manner in which the more delicate parts of religion daily work in producing that 'moderation' which, upon the whole, and as a rule, is essential to long success, defining success even in its most narrow and mundane way, might be worked out in a hundred cases, though it would not suit these pages. Many of the finer intellectual tastes have a similar restraining effect; they prevent, or tend to prevent, a greedy voracity after the good things of life, which makes both men and nations in excessive haste to be rich and famous, often makes them do too much and do it ill, and so often leaves them at last without money and without respect.

But there is no need to expand this farther. The principle is plain that, though these better and higher graces of humanity are impediments and encumbrances in the early fighting period, yet that in the later era

they are among the greatest helps and benefits, and that as soon as governments by discussion have become strong enough to secure a stable existence, and as soon as they have broken the fixed rule of old custom, and have awakened the dormant inventiveness of men, then, for the first time, almost every part of human nature begins to spring forward, and begins to contribute its quota even to the narrowest, even to 'verifiable' progress. And this is the true reason of all those panegyrics on liberty which are often so measured in expression but are in essence so true to life and nature. Liberty is the strengthening and developing power — the light and heat of political nature; and when some 'Caesarism' exhibits as it sometimes will an originality of mind, it is only because it has managed to make its own the products of past free times or neighbouring free countries; and even that originality is only brief and frail, and after a little while, when tested by a generation or two, in time of need it falls away. In a complete investigation of all the conditions of 'verifiable progress,' much else would have to be set out; for example, science has secrets of her own. Nature does not wear her most useful lessons on her sleeve; she only yields her most productive secrets, those which yield the most wealth and the most 'fruit,' to those who have gone through a long process of preliminary abstraction. To make a person really understand the 'laws of motion' is not easy, and to solve even simple problems in abstract dynamics is to most people exceedingly hard. And yet it is on these out-of-the-way investigations, so to speak, that the art of navigation, all physical astronomy, and all the theory of physical movements at least depend. But no nation would beforehand have thought that in so curious a manner such great secrets were to be discovered. And many nations, therefore, which get on the wrong track, may be distanced — supposing there to be no communication — by some nation not better than any of them which happens to stumble on the right track. If there were no 'Bradshaw' and no one knew the time at which trains started, a man who caught the express would not be a wiser or a more business-like man than he who missed it, and yet he would arrive whole hours sooner at the capital both are going to. And unless I misread the matter, such was often the case with early knowledge. At any rate before a complete theory of 'verifiable progress' could be made, it would have to be settled whether this is so or not, and the conditions of the development of physical science would have to be fully stated; obviously you cannot explain the development of human comfort unless you

know the way in which men learn and discover comfortable things. Then again, for a complete discussion, whether of progress or degradation, a whole course of analysis is necessary as to the effect of natural agencies on man, and of change in those agencies. But upon these I cannot touch; the only way to solve these great problems is to take them separately. I only profess to explain what seem to me the political prerequisites of progress, and especially of early progress. I do this the rather because the subject is insufficiently examined, so that even if my views are found to be faulty, the discussion upon them may bring out others which are truer and better.

Traducido en:

Revista Española de Investigaciones Sociológicas (REIS), nº 110, abril-junio 2005, pp. 189-199.

EIS OIWNOS ARISTOS AMYNESTHE PERI PATRIS

Los auspicios resultan óptimos cuando se lucha en defensa del propio país.
(nota del editor, con ayuda de Angeliki Zissi)